

Crisis de un gran pueblo [II]

Una grave equivocación.—

Pero este pueblo que en su penuria absoluta de materias primas, obligado a importar del extranjero todos los elementos de su industria, supo lanzar al mercado internacional una verdadera inundación de productos japoneses, posee —quizá más despierta aún— la facultad de las transformaciones ideológicas.

En los siglos viejos fueron la moral de Confucio y la filosofía india las sometidas al juego de esa alquimia. El resultado una espiritualidad específicamente japonesa, con muchos de los defectos inevitables en toda síntesis pagana, pero de una elevación moral sorprendente.

Quizá el verdadero pecado nacional de los japoneses haya consistido en haber pretendido realizar la síntesis moderna de espaldas a esos valores.

Porque en general puede decirse que los intelectuales japoneses —a partir de la restauración de Meiji— renunciaron a la tradición espiritualista, así como a esa otra filigrana del alma japonesa: su humanismo.

Cierto que se trataba de eso: de una filigrana, de un humanismo de papel, apenas basado más que en la cortesía y en un dogmatismo jerárquico a las veces demasiado injusto (10). Pero frente al materialismo avasallador era un tesoro.

Parece como si para la nueva síntesis hubiera reservado el Japón lo más disolvente de su mitad indígena: la nebulosidad característica de su pensamiento, su aversión racial hacia los conceptos netos.

Así es fácil hacerse una idea de lo que resultó la síntesis nipona a partir del rompecabezas europeo. Sin principios filosóficos firmes, con un culto por la autoridad, fanático y un fanatismo mayor aún por lo nuevo insuficientemente criticado, se comprende que el Dr. Tanabe, uno de los más prestigiosos, haya podido afirmar que el filósofo más pro-

(10) J. M. Sánchez de Muniain: *Declaraciones radiofónicas por Radio Vaticana*, el 2 de Julio de 1949.

fundo de los siglos se ha llamado Carlos Marx. (11)

Fukuzawua Yukichi ha sido la cumbre máxima de la filosofía japonesa —el Sabio de Mita lo han apellidado—; pues bien, todas sus energías se gastaron en un esfuerzo gigantesco para aclimatar en tierra japonesa el “pragmatismo americano” de William James.

El otro gran Maestro es Ishida Ikutaro. Su obra un conglomerado de Budismo y neokantismo con terminología anticonceptual y sentimental intuicionista que le valió el calificativo de primer bergsoniano (12).

Lo sorprendente no es que la crisis ideológica se haya presentado. Lo verdaderamente pasmoso es el que esa mezcla explosiva de elementos incoherentes y crepusculares hayan aguardado hasta el momento de la derrota.

Y sin embargo, ello es un hecho: una fuerza invisible mantuvo compacto ese acervo de imprecisiones durante más de un cuarto de siglo.

Ese elemento aglutinador es el mismo que sirvió de argamasa unificante en la síntesis tradicional espiritualista.

Porque el Japón moderno no pudo olvidarse completamente de sí.

Conservó incontaminada y aún logró robustecer su quintaesencia nacional. Eso que una gran convertida —Miti Kataoka— ha llamado su sentido de pirámide (13).

Un tropismo ancestral por el que cada japonés se integra fuertemente a la familia y ésta a la serie indefinida de los antepasados imperiales, hasta converger todos en el vértice puntiforme de los antepasados imperiales: eslabón sagrado por el que desciende indefesa la sabia de la divinidad.

Esto antes aún que una Religión es la concreción misma del espíritu japo-

(11) Siemes, loc. citato.

(12) Candau: “*Ame japonaise el Bergsonisme*” en *Rythmes du Monde*, (año 1947. 2.-)

(13) Miti Kataoka: “*Vers une synthese*” en “*Rythmes du Monde*” (1949,2).

nés. Luego se irá plurificando: en política bajo la forma de un patriarcalismo imperial; en religión bajo la de un Shinto nacional.

En el terreno de la Filosofía hubo de manifestarse en el espíritu de un doctrinario racista, una exaltación sistemática del orgullo nacional.

Las influencias hitlerianas de última hora casi nada nuevo suponían, todo ello existía ya en la síntesis cultural moderna. Era precisamente la clave del arco, el aglutinamiento milagroso, de una ideología sin cohesión.

Pero esa función extremadamente difícil sólo pudo realizarse a expensas de un profundo valor humano asfixiado en el alma japonesa.

En efecto: la primera observación de los que han tratado de cerca a esa intelectualidad es la de una falta notable del sentido individual, incapacidad innata de formar juicios personales.

El ya citado P. Siemes, Profesor de la Universidad Yochi Daigaku, ha escrito recientemente (14): "aunque esté dotado de amplios conocimientos y magníficos medios de trabajo le falta con todo al japonés un juicio crítico personal".

Y la japonesa Miti Kataoka añade (15): "en los medios culturales lo mismo que en el seno del pueblo hay una funesta ausencia del sentido individual". Y en un nuevo artículo —abril 1949— recalca su pensamiento, penetrando hasta el fondo mismo del problema. Lo que era la máxima fuerza del Japón, disimulaba los gérmenes de nuestra actual catástrofe: la conciencia individual además de poco extendida llegó a ser sospechosa entre nosotros.

Le asiste toda la razón: ya que si un día la pirámide japonesa llegara a desintegrarse y el individuo a solas hubiera de afrontar los problemas más decisivos, existiría el peligro de una desorientación desesperada.

Y este ha sido por desgracia el caso triste del Japón vencido.

La más dura realidad.—

La explosión atómica más formidable no fué la de Hiroshima ni la de Nagasaki, fué la de la propia pirámide japonesa.

La voz de Hiro Hito resonó firme en los oídos del Imperio —arrodillado todo él ante su divina palabra—: el pueblo invencible de los Dioses había de ren-

dirse por vez primera en los 25 siglos de su presunta historia, y sin condiciones.

Por si era poco, un nuevo mensaje imperial vino a cortar aquel hilo invisible, trenzado con fibras de corazón para hacer entroncar la pirámide japonesa con la raza de los Dioses. El dogma de su divinidad era mentira!!!!

Cada japonés culto sintió el frío de la soledad y al replegarse en el misterio de la conciencia encontró un vacío, una angustia suprema, tanteo del ciego en la maraña de las ideologías, desesperación incrédula ante el desequilibrio y la incoherencia de su filosofía.

Es el hecho constatado al comienzo de estas cuartillas.

Desesperación y angustia que van cristalizando cada vez más concretamente en la exigencia vital de un humanismo.

Nuestros ojos buscan en Europa el secreto humano de los renacimientos, ha escrito Yamata Meili.

Son llamadas de naufrago, que están pidiendo una respuesta urgente. Tanto más urgente cuando que se presiente el riesgo de que el Japón yerre otra vez el golpe en su aprendizaje del Occidente.

Saturada de hoquedades positivistas la intelectualidad japonesa se ha lanzado frenética hacia un humanismo agobiado de angustia, un humanismo de post-guerra, existencialista a lo Sartre, cuyos éxitos editoriales a costa del Japón vencido han sido sonados.

Quizá sus mejores parroquianos los haya encontrado entre el público japonés.

El Imperio vencido atisba los últimos esfuerzos del impresionismo cubismo o surrealismo, para desenterrar de allí un lenitivo a su sed de algo humano.

"Nuestra nostalgia más profunda —ha dicho alguien en Tokio— se dirige hacia la terraza de un café parisino, donde la animación creadora del Existencialismo nos permita saborear la angustia".

Y mientras esa macabra nostalgia no se les cumple ahí tenemos a todo el Imperio devorado de fétidos análisis del "SER y la NADA".

Urge por lo tanto apresurar el desencanto. Esa experiencia dolorosa merece un desenlace mucho más digno que el callejón sin salida de un Existencialismo finitista y ateo.

Merece el galardón de la verdad.

Lo merece y está cerca de él. Más cerca de lo que esos mismos aficionados del Existencialismo han podido sospechar.

Porque ha de llegar un momento en que la temperatura de pos-guerra descienda y con ello el fervor existencialista

(14) Siemes: loc. citato.

(15) Miti Kataoka: loc citato

se degrade.

Entonces la lucha ideológica se habrá esclarecido —en cuanto un problema japonés pueda esclarecerse— hasta los términos de un dilema: el materialismo cristalizado en su última consecuencia, el Marxismo; y las corrientes espiritualistas desarrolladas también hasta la consecuencia lógica de un humanismo católico —no precisamente una conversión en masa—.

Las soluciones intermedias, esas fórmulas insuficientes, habrán de batirse en retirada. Mejor aún, proseguirán la ya comenzada.

Posibles soluciones.—

Porque es un hecho cada vez más evidente la imposibilidad de toda competencia entre las soluciones religiosas indígenas y el Catolicismo.

Por de pronto conviene descartar al Shinto. Lejos de presentar garantías algunas de solución, es él mismo concreción suprema y exaltación religiosa del sentido de pirámide, el cual ha venido a convertirse en el problema.

Además el Shinto ha muerto. Las declaraciones imperiales —en las que podrá discutirse lo espontáneo, no lo sincero— lo han matado.

Sólo como espantajo religioso de un Comunismo con tintes nacionalistas podría ser restaurado, en un sentido análogo a como lo fué el Patriarcado moscovita de Alexis.

Pero eso no sería el Shintismo religioso.

Respecto del Budismo, no puede negarse que los Bonzos se han percatado de lo decisivo del momento.

Sólo que la falta absoluta de categorías de actualidad les ata por todas partes, dando ese embarazoso espectáculo de quienes no aciertan a desenvolverse.

Sobre todo les falta un doctrinario perfilado y robusto, capaz de afrontar seriamente la situación.

“Nos sentimos impotentes para responder desde un punto de vista búdico a las preguntas de nuestros muchachos” (16) —comentaba un joven Bonzo.

Y un periódico budista de Kioto, más explícito aún, comentaba en 1948: “el Catolicismo ha venido luchando a través de los siglos con las pasiones de los hombres, con la ciencia y la filosofía; esta lucha le ha curtido y le ha dado esa pre-

(16) Confr. Carmeño A. S. J.: *Estado religioso del Japón actual en el Siglo de las M.* (1948).

ponderante actualidad para los problemas del Japón. El Budismo que se enfrenta hoy por vez primera con ellos ¿podrá resistir el embate? Es cuestión de vida o muerte que un futuro próximo ha de decidir” (17).

Ante estos toques de retirada, resulta menos sorprendente el que el P. Arrupe o el P. Su-gihara hayan sido invitados a dar cursillos de conferencias en varios monasterios; y el que en algunos de ellos funcionen círculos de estudios bajo el título de “Religión católica y Filosofía Tomista”.

Las sectas se tiñen de Evangelio. Aceptan algunas verdades de nuestro Dogma y algunos ritos de nuestra Liturgia. Han sentido la necesidad de “bautizarse” para evitar la desbandada.

Aún así descartadas las soluciones religiosas indígenas, cabría con todo una competencia anticristiana.

El problema lejos de ser quimérico se ha planteado de hecho en estos términos: tratándose de un humanismo cristiano que eduque en los japoneses el sentido individual, ¿no sería el Protestantismo el más indicado para la tarea?

Ante todo convengamos en que ese planteamiento así escueto del problema supone un error formidable de psicología racial.

¡Como si los problemas japoneses pudieran adaptar sus contornos a la diafanidad escolástica de un “status quaestionis.”!

Y además aunque el problema fuese tan simple, no olvidemos que el Protestantismo a pesar de su cacareado libre examen es en el fondo la negación sistemática de la responsabilidad individual, fruto de una cobardía frente a las exigencias de la moral.

La responsabilidad es un valor esencialmente católico, un pragmatismo sublime, que no necesita renunciar a la metafísica del libre albedrío para coordinarse con las exigencias prácticas de la vida.

Pero es que además la cosa no es tan simple. El Japón no es ningún nuevo mundo sin la gloria ni el lastre del pasado.

A las puertas del Catolicismo.—

„A este pueblo acostumbrado a una religión que se plasma en ritos, en la devoción a las cosas y a la naturaleza y se personifica en el Emperador le sería imposible vivir sin inclinarse ante sus tem-

(17) Confr. *idem. ibid.*

plos, sin practicar una liturgia.

Más: no es lícito olvidar la presencia de auténticos valores éticos en la pirámide japonesa, al lado de su ausencia del sentido individual. El instinto de jerarquía y de vida familiar deben quedar intactos. Serían irreparables los desastres de una educación individual a costa de ellos.

Y es demasiado evidente que sólo el Catolicismo —en fuerte contraste con la dinámica fría y disipada de las “Iglesias Evangélicas”— será capaz de integrar todos esos valores a una nueva síntesis, llenándolos de su propia verdad: la que ellos simbolizan, y sólo el Catolicismo posee.

¿De dónde va a sacar el Protestantismo el sentido íntimo de nuestra vida interior de nuestra vida litúrgica, de nuestro fervor eucarístico... indispensables para saciar en cristiano las ansias y las exigencias del alma japonesa?

Aún este tropismo ancestral, ese anhelo de entronque con la divinidad, sólo podrán suplirse ortodoxamente con la mística realidad y el contenido dogmático de la Vid y los sarmientos. Un injerto personal en el Cuerpo místico de Cristo, que dé por resultado la Unidad ecuménica de la Iglesia.

El Protestantismo es ante todo fruto del Occidente, y de los pecados de Occidente.

Sin esa flexibilidad de las cosas que descienden de arriba. Le falta savia para mantener vitalmente entroncados a sí los nuevos retoños. Por eso un Protestantismo oriental significaría tanto como un “paganismo bautizado”

La Verdad católica no es fruto de Occidente. Ni siquiera de la Historia. La trasciende, lo mismo que a la Geografía. Posee el secreto de las aclimataciones ortodoxas en todos los terrenos.

Y esto no es cosa despreciable, tratándose de un pueblo con la capacidad de asimilación en sentido propio tan desarrollada.

A él más que a ninguno otro es indispensable servirle la substancia cristiana en su ser puro e incontaminada. En la flexibilidad ecuménica del Catolicismo.

Métodos de apostolado.—

Ello nos invita a terminar estas pági-

nas con unas indicaciones taquigráficas sobre los métodos de un apostolado intelectual entre los japoneses. (18).

Mientras se recorre la enorme distancia que aún nos sépara de un fuerte bloque de pensadores y publicistas indígenas, será imprescindible una incesante labor de traducción. Que lo mejor del mundo católico sea conocido en el Japón.

Pero este recurso es provisional. Lo definitivo y necesario es que sea japonés auténtico.

Por eso la creación de becas universitarias misionales urge realizarse, para el Japón más que para ningún otro pueblo pagano.

Ha de pensarse seriamente en la formación de grupos selectos llamados a influir en el pensamiento de su patria.

Otra labor más abnegada, pero imprescindible —el Sr. Sánchez de Muniain la subraya fuertemente— se refiere al otro plano antes insinuado de la profundización especializada.

Sería la de un grupo selectísimo de Misioneros con verdadera Vocación de intelectuales, que renunciando a todo otro apostolado —aun al de la propaganda antes indicado— y en colaboración estrecha con investigadores indígenas, se consagrada por entero a penetrar en el idioma, la filosofía, el arte la Historia japonesa tradicional; y desde ahí —desde el interior— de esa misma cultura trabajase para dirigir con amor y sabiduría hacia el Catolicismo eso que el mismo Sr. Sánchez de Muniain ha llamado “razones seminales de bien” latentes en todo humanismo oriental.

La labor es difícil, pero importantísima. La capacidad nipona de asimilación y transformación exige un encauzamiento de esos gérmenes durante el proceso mismo de la nueva síntesis.

Cierto que ello supondría en su complejidad un desahogo económico hoy por hoy quimérico para la Iglesia japonesa.

Pero es una meta de la que no conviene desviarse.

(18) Estas observaciones están totalmente basadas, aun en la redacción, en las declaraciones radiofónicas del D. J. Má Sánchez de Muniain, ya citadas.

TEODORO DE ANDRES, S. J.

Oña, (Burgos) España